

Adolescentes
«Qué maravilla»
Eva Bach Cobacho



Plataforma Editorial
Barcelona

Título original: *Adolescentes. «Qué maravilla»*

Primera edición en esta colección: febrero de 2008

© Eva Bach Cobacho, 2008

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2008
(Reservados todos los derechos)

© de la fotografía de la cubierta: Sandra Karro, 2008

Plataforma Editorial
Plaça Francesc Macià 8-9 – 08029 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 7999 – Fax: (+34) 93 419 2314
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 8.009-2008
ISBN: 978-84-96981-07-2
Printed in Spain - Impreso en España

Diseño de cubierta y composición:
Rubén Verdú y **peeping monster**
www.peepingmonster.com

Composición:
Natàlia Campillo

Impresión:
Romanyà-Valls - Verdaguer, 1 - Capellades. Barcelona
www.romanyavalls.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.



■ Índice ■

Agradecimientos.....	15
Introducción	19
Desde mi condición y corazón de madre.....	19
¿Cuánto va a durar esto?.....	20
Ninguna generación es mejor ni peor que otra.....	24
«¡Ya verás cuando sean adolescentes!»	26
Con amor y autoridad, también en la adolescencia.....	29
Reencontrar lo esencial e imperecedero.....	32
Vivencias propias y ajenas.....	34
Un puente entre dos mundos	37
Más claro y menos alto	39
Lo imperfecto también es perfecto.....	41
Las caricias, alimento del alma.....	43
Hace 5.000 años ya eran así.....	45
¿Entrañable y divertida, dice?	47
Al revés te lo digo para que me entiendas.....	49
«Tú y yo no nacimos el mismo día»	51
Cuando padres e hijos estamos «pavos».....	53
Mayor que tú en edad y en madurez.....	55
No me llames Dolores ni me llames Lola.....	57
Yo la madre, tú el hijo.....	59
Así me lo enseñaron a mí mis padres.....	61



Si nosotros hemos salido bien, será que ellos no lo hicieron tan mal	63
Cuanto mejor, peor	65
Hoy lo haremos a la manera de tu padre.....	67
«Preciso, conciso y macizo»	69
«No me ralles» o bajo el síndrome de Peter Pan.....	71
Mi misión es «rallarte».....	73
«Mamá, rállame, por favor».....	75
Efectivamente, te estoy controlando	77
Todavía no... ..	79
Cuando cumplas los 18, esto no va a ser jauja.....	81
Libre tú pagando yo, va a ser que no.....	83
Sin vuelta de hoja	85
¿Más mano dura y menos contemplaciones?	87
No me mires así, que no estoy empanada	89
«Volando voy, volando vengo...».....	91
Si yo te hablo bien, tú me hablas bien	93
Mal de muchos, nos ayudamos entre todos.....	95
El televisor y el sofá son míos.....	97
Los «tope manta».....	99
El «peaje» de ser padres.....	101
Servicio de traducción simultánea	103
Pequeños grandes actos de amor	105
Por el artículo 155	107
Déjame hacer mi vida.....	109
Los otros también existimos	111
Un favor y dos, si quieres.....	113
Un adulto de confianza cerca.....	115
¡Qué modernos y enrollados somos!.....	117
Lealtades insospechadas	119
Las niñas, de la madre; los niños, del padre.....	121
Tienes tres opciones.....	123

Moto no rima con suspenso.....	125
«Me alegro de que seas inteligente»	127
Reconocerlo, mejor que negarlo	129
Callar a tiempo.....	131
Todo, menos tomarnos el pelo	133
Máster del universo	135
Vida sólo tiene una	137
La primera vez en mi vida	
que tengo un hijo adolescente.....	139
Disimula, mula	141
Cuestiones «peliagudas»	143
Nos guste o no, la imagen cuenta	145
Ya sé que eres adolescente, pero...	
¡tirandito para adulta, sin entretenerte!.....	147
Sexo, drogas & rock 'n' roll	149
Nosotros ya te hemos dado suficiente	151
En mi mesa vas a tener un plato,	
pero mejor que no te haga falta.....	153
Algo sagrado.....	155
Mirarlos con buenos ojos.....	157
Madurar es «volver a casa»	159
¿Te he dicho que te quiero?	161
Bibliografía.....	163

■ Introducción ■

Desde mi condición y corazón de madre

Éste es el sexto libro que publico y el primero que escribo como madre, además de como pedagoga y maestra.

A pesar de que hace ya una década que doy conferencias a padres y madres de adolescentes, hasta una vez transcurrida la adolescencia de mi hijo mayor, no me he decidido a plasmar por escrito una serie de reflexiones y vivencias en torno a una etapa de la vida que suele ser bastante agitada y que despierta grandes dudas, temores y preocupaciones, así como sentimientos encontrados y a menudo difíciles de sobrellevar en los padres.

Cuando determinadas situaciones se han vivido o padecido en la propia piel se está en mejor disposición de abordarlas y de reparar en ciertos detalles que, de otro modo, pueden pasar por alto. Cuando desde la condición de madre o padre se ha podido experimentar en algún momento un profundo sentimiento de amor y ternura hacia los hijos y, al mismo tiempo, también un deseo profundo de que llegue el día en que se emancipen, se entienden algunas cosas que, de lo contrario, es más difícil entender.

Una compañera de trabajo me contó hace unos años que cuando sus hijos eran pequeños los había disfrutado mu-

chísimo, pero que cuando eran adolescentes se los habría regalado a alguien o los habría metido de nuevo por donde habían salido. A mí me pareció un poco bruto y exagerado por su parte, pero en varios momentos de la adolescencia de mi hijo me he acordado de sus palabras y he podido comprender por qué las decía.

Los adolescentes se muestran a veces encantadores y maravillosos, y a ratos se ponen también imposibles y no hay quien los aguante. Tienen grandes capacidades, están en pleno despertar a la vida y poseen un inmenso potencial, pero carecen de la madurez necesaria para canalizarlo adecuadamente y por eso nos siguen necesitando. La mayoría de padres actuales nos esforzamos por acompañarlos en la aventura de crecer a través de la comprensión y el diálogo, pero a menudo tenemos la sensación de que no logramos comunicarnos realmente con ellos. Tampoco conseguimos que se sitúen en su lugar de hijos, que nos tengan en cuenta y nos respeten como es debido.

Antes de perder definitivamente los nervios o de tirar la toalla y desistir de nuestras funciones, podemos probar otras opciones que muchas veces funcionan. Una de ellas es, como veremos, la de hablarles de un modo lo más claro, preciso y conciso posible, conjugando la autoridad que como padres y adultos nos corresponden, con el amor y la ternura que hacen falta para alcanzar sus corazones.

¿Cuánto va a durar esto?

Quienes me conocen saben que en mi quehacer profesional me siento muy a gusto y me aplico a fondo, pero es en mi tarea de madre donde siento que mi contribución al futuro

es más personal y comprometida. También es en mi condición de madre, a la par que en mi vida de pareja, donde he ido encontrando una de las más bellas e irrenunciables motivaciones para seguir creciendo como persona.

Sin embargo, reconozco que no podría haber escrito lo mismo ni del mismo modo si no llevara el tiempo que llevo formándome, leyendo, reflexionando y dando charlas sobre adolescentes. El tema de la adolescencia es uno de los que más me piden y que más veces he tratado en conferencias para padres y madres, así como para el profesorado.

Al principio, me pedían que hablara principalmente de cuestiones que preocupan especialmente a los padres de adolescentes: sexo, drogas, malas compañías, mal rendimiento académico, lo que es normal y lo que no en esas edades, etc. Desde hace aproximadamente un par de años, y siempre según mi experiencia, estos temas siguen despertando interés, pero han ido quedando en un segundo plano. Ahora, la mayoría de escuelas, asociaciones de padres y madres e instituciones diversas que contactan conmigo me piden que les hable sobre todo de cómo hay que decirles las cosas a los adolescentes para que nos hagan un poco de caso y qué hay que hacer para ponerlos en su lugar.

Lo más preocupante ya no son solamente los grandes temas de la adolescencia —a los que en la actualidad habría que añadir la adicción a las nuevas tecnologías y el *bullying* o acoso escolar—, sino también los pequeños secretos de la convivencia diaria. Lo que la mayoría de padres que asisten a mis charlas más desean saber es lo que tienen que hacer y decir para que sus hijos los escuchen, los tengan en cuenta y los respeten, para que se conviertan en adultos responsables y personas de bien, y para que la convivencia con ellos no se convierta en una pelea continua. Otra cosa

que quieren saber es si esto tiene fin, si los conflictos van a terminar algún día y si sus hijos van a ser capaces de convertirse en adultos responsables y hacer algo de provecho o no en la vida.

Mi mensaje en este sentido es siempre esperanzador. Aunque durante un tiempo parezca que pinte mal, la adolescencia acostumbra a acabar bien. A muchos padres les cuesta verdadero trabajo creerlo. Me llaman especialmente la atención la desesperación y la desesperanza que a veces percibo. De ahí que uno de mis mayores propósitos sea que las palabras y mensajes que transmito a los padres, ya sea a través de mis charlas o de mis libros, tengan un efecto parecido al de un bálsamo o infusión relajante y les supongan una pequeña dosis de reconstituyente anímico. Para ello, aplico las mezclas y soluciones que he aprendido de mis maestros y de mis propios padres a lo largo de los años, así como las que mejor me han funcionado en mi propia experiencia como madre.

Gran parte de los pequeños grandes secretos que he podido descubrir y que, a mi modo de ver, facilitan la comunicación y la convivencia entre padres e hijos adolescentes los iré abordando a lo largo de las siguientes páginas. Pero puedo avanzar que para que nos hagan un poco más de caso es importante que los padres encontremos las palabras justas sobre ciertos temas, y para ponerlos a ellos en su lugar es imprescindible que antes tomemos nosotros el nuestro. Lo explicaré detenidamente más adelante.

Hace poco estuve cenando con un grupo de padres cuyos hijos son amigos de nuestro hijo pequeño, que en estos momentos tiene catorce años. Nos deleitaba verlos, tan niños todavía en algunos gestos, tan mayores ya en otros. Una madre dijo: «Qué pena», con añoranza por la infancia

que se les va –y se nos va– para no volver. Otra añadió resignada: «Es ley de vida». Yo pensé que era además nuestra contribución a la vida y les dije que, según había podido experimentar con el mayor, se nos abría una etapa que, a pesar de sus dificultades, iba a tener también su parte entrañable y maravillosa.

Lo pienso realmente así, aunque con el mayor haya podido comprobar que la adolescencia de los hijos en ocasiones no es grata y me haya acordado a veces de la madre que lo trajo, que soy yo. En lo profundo de mí, encuentro apasionante ver crecer a un hijo, verlo convertirse en una persona adulta, tan distinta y al mismo tiempo tan igual a nosotros (a su padre y a mí). Hay algo mágico en el relevo generacional, algo de textura fina que si logramos percibir hace que incluso lo que parece fuera de lugar acabe teniendo su sentido, visto con la perspectiva del tiempo y los ojos del alma. Confieso, además, que me relaja y me reconforta saber que ellos vienen detrás, que podemos pasarles el testigo y dejar en sus manos la parte del futuro que les corresponde.

A pesar de haber padecido, como cualquier madre, los problemas propios de la adolescencia, trato de reconocer y subrayar las cualidades de los adolescentes y de no contribuir con críticas y reproches a su mala reputación. Nunca me han gustado las quejas sistemáticas y los presagios pesimistas sobre los jóvenes de hoy. Traer un hijo al mundo es aportar una pequeña semilla al futuro de la humanidad, una semilla que hay que saber cuidar, abonar y hacer crecer amorosamente, y confiar en que dará buen fruto. Hay que observar, eso sí, una serie de condiciones para que suban rectos y sanos, pero es importante que, a pesar de las dificultades que inevitablemente vayan surgiendo, sepamos acom-

pañar con esperanza a nuestros hijos en la aventura de crecer.

Los adolescentes de hoy son diferentes de como éramos nosotros y de como serán los de las próximas generaciones. Sin embargo, la adolescencia conserva unos rasgos comunes en todas las épocas, del mismo modo que en la relación entre padres e hijos hay una serie de cuestiones atemporales, algunas de ellas de lo más simples y elementales, que nuestra generación ha extraviado y debemos, por tanto, reencontrar. De todo ello hablaremos a lo largo de estas páginas, con el propósito de que podamos cumplir con el papel que como padres nos corresponde, sin desgastarnos ni desesperarnos demasiado y sin soltar el timón y dejar el barco a merced de los vientos.

Ninguna generación es mejor ni peor que otra

Cuando nos quejamos de cómo son los adolescentes de hoy, tenemos que cuestionarnos también sin más remedio cómo somos los padres y madres. Lo primero sin lo segundo es trampa y además no sirve de nada, pues es quejarse por quejarse, es centrarnos en el problema en lugar de mirar hacia la solución y asumir la responsabilidad de resolverlo, que nos corresponde principalmente a nosotros. No a nuestros hijos ni a la sociedad actual, a la que solemos echar las culpas de todo.

A los adolescentes hay que mirarlos con buenos ojos y hay que confiar en ellos incluso en los momentos en que se ponen imposibles. Pienso que ninguna generación es mejor que otra, que cada una hace lo que puede y lo que le corresponde, en función de las circunstancias que le toca

vivir, y por eso, a pesar de que a veces haya situaciones que me superan o se me hacen difíciles de llevar, me duele en el alma cuando oigo decir que los adolescentes actuales son peores de lo que éramos nosotros.

Si los adolescentes son peores de lo que fuimos o de lo que somos nosotros, acaso sea porque nosotros no lo hemos sabido hacer tan bien con ellos como lo hicieron nuestros padres y nuestros maestros con nosotros, y, por tanto, también dice muy poco a favor de nosotros. Reconozco que ser padres hoy no es sencillo, pero nuestros padres no lo tuvieron precisamente fácil y a pesar de ello supieron sacarnos adelante.

Nos toca, por tanto, a los padres actuales reflexionar sobre la forma como estamos ejerciendo la paternidad y la maternidad, revisar y rectificar determinadas actitudes, reconducir ciertas situaciones que se nos han escapado de las manos y recuperar el terreno perdido que hemos cedido a nuestros hijos. Tenemos que volver a tomar las riendas nosotros, unas riendas que en muchos hogares están en este momento en manos de los hijos porque los padres se han rendido y han abdicado de sus funciones.

Lo lograremos si conseguimos desempolvar el viejo principio de autoridad que corresponde a los mayores sobre los pequeños y aprendemos a ejercerlo y a aplicarlo desde el amor y la ternura, contemplando y respetando los derechos de nuestros hijos y exigiéndoles al mismo tiempo sus deberes y obligaciones sin dilaciones ni excusas de ningún tipo.

La adolescencia tiene momentos difíciles como todas las etapas de la vida, pero no tiene por qué ser un calvario. Puede llegar a tener también su lado entrañable y apasionante. Aunque a los adolescentes a veces no haya quien los entienda y los aguante, no se han vuelto locos ni son

incorregibles. Tampoco se convertirán en unos completos holgazanes y egoístas a menos que nosotros lo consintamos. Simplemente andan con las hormonas revueltas y la mente nublada. Somos los padres y los adultos que tienen al lado los que tenemos que ayudarles a aclararse y esto significa que tenemos que estar muy claros nosotros.

«¡Ya verás cuando sean adolescentes!»

La adolescencia de nuestros hijos no tiene que asustarnos cuando los adultos estamos en nuestro lugar de adultos y ejercemos con ternura, autoridad y sin miedo las funciones que nos corresponden. La adolescencia se sobredimensiona y su problemática va en aumento no tanto por cómo son los adolescentes de hoy, ni por la forma generalmente interesada en que los medios de comunicación refuerzan y explotan dicha problemática, sino, en buena medida, por cómo somos y actuamos los adultos que estamos a cargo de su educación y crecimiento.

Cuando mis hijos eran pequeños, ambos eran unos benditos. Todo el mundo nos felicitaba por lo bien que se portaban y muy a menudo también nos advertían que «ya veríamos cuando fueran adolescentes», que los disfrutáramos mientras pudiéramos porque aquello se iba a terminar un día. Nos lo decían como si fuera una especie de maldición de la que era imposible escapar y, a veces, incluso parecía que tuvieran ganas de que llegara la adolescencia y lo pasáramos tan mal como lo debían de estar pasando ellos.

A mí me costaba hacerme a la idea del alcance real de lo que nos decían. Primero porque es difícil imaginar que aquel par de ricas se convirtieran en el par de energú-

menos que nos vaticinaban. Y segundo porque yo pertenezco a una generación cuya adolescencia fue un poco descafeinada, en el sentido en que contemplaciones, pocas. Nuestros padres tenían otros problemas y preocupaciones que nuestra adolescencia, y había que espabilarse y hacerse adulto rapidito. De ahí que pensar en nuestra propia adolescencia sea una ayuda relativa. Efectivamente la tuvimos, pero los tiempos eran otros y nuestros padres nos la curaron pronto.

Ser adulto era un valor en aquel entonces. Ahora, en cambio, el mundo adulto se presenta como plasta, aburrido, sin emoción y sin alicientes. El gran valor parece estar en la adolescencia perpetua, en diferenciarse, evadirse, experimentar «subidones» frecuentes y no calentarse los cascos por nada. De este modo se es presa fácil de la publicidad y la sociedad de consumo. Los propios adultos hemos caído en ello, por lo que a menudo tenemos dificultades para transmitir a nuestros hijos los valores más esenciales, tejer lazos profundos con ellos y constituirnos en referentes que contrarresten dicha influencia.

Muchos padres que en nuestra infancia y adolescencia hemos tenido la suerte de conocer la democracia hemos renunciado a imponer normas a nuestros hijos por pensar que éstas contravendrían sus libertades. Ahora nos damos cuenta de que conviene marcar unos límites claros y no sabemos cómo hacerlo. Nos sentimos impotentes para ejercer la autoridad, con la dosis de cariño que hace falta para alcanzar sus corazones.

Sin duda alguna, yo he tenido una vida más fácil que mis padres y, gracias a ello, pude proponerme lo que muchos padres y madres de mi generación: convertirme en una madre enrollada y amigable, que lo dialoga todo y lo disculpa

casi todo, lo cual, aun partiendo de una buena intención, puede llegar a ser sencillamente nefasto, pues se desdibujan los papeles y acabamos cometiendo errores que nuestros padres nunca cometieron con nosotros. Aunque también reconozco que, gracias a haber cometido numerosos errores, tengo cada vez más un poco más claro lo que hay que hacer y lo que no.

A pesar de ello, seguramente seguiré cometiéndolos, pero ahora me preocupa menos. Mis hijos no necesitan una madre excelente; necesitan simplemente una madre que tome su lugar de madre. Por supuesto, nunca estará de más que sea una madre dialogante, responsable, dispuesta a revisar lo que haga falta, a rectificar puntos de vista y actuaciones, a crecer y a mejorar. Pero ha sido una gran liberación para mí descubrir que es perfecto no ser perfecta y que si no soy todo lo buena, comprensiva y dialogante que se puede ser, acaso sea incluso mejor para ellos.

En estos momentos, la adolescencia del mayor de mis hijos ha superado ya su punto álgido. Hemos tenido algunas discusiones y encontronazos, y de vez en cuando todavía tenemos alguno (supongo que son los últimos coletazos), pero no sólo hemos sobrevivido a ella, sino que también ha sido una experiencia que me ha hecho crecer como madre y como persona, y que ha mejorado la calidad de nuestro vínculo.

He salido de ella con una claridad que no tenía antes y estoy convencida de que me ayudará a vivir con más sosiego y madurez la del pequeño, que pronto enfilará esta etapa puente entre la niñez y la edad adulta. Me gustaría, a su vez, que los descubrimientos y reflexiones a que me ha dado pie, la mayor parte de los cuales he tratado de recoger en estas páginas, pudieran aportar algo de luz y servir de orientación

a padres y madres cuyos hijos se encuentren pasando la adolescencia o estén a punto de entrar en ella.

A partir de los dieciocho-diecinueve años ya es otra cosa. Se inicia otra etapa distinta en la que, a pesar de no ser todavía autosuficientes o independientes de nosotros, ya son mayores y lo más importante, educativamente hablando, ya se lo hemos dado. En lo sucesivo tendrán que seguir creciendo por dentro, a partir de su propia andadura y de las circunstancias que les depare la vida. Nosotros vamos a seguir queriéndoles, apoyándoles y mostrándoles un norte, pero ahora se trata principalmente de disfrutarlos todo lo que podamos y de que, mientras sigan en casa, respeten nuestro espacio y nuestro estilo de vida, y se avengan a cumplir una serie de normas, estén de acuerdo o no con ellas.

Si a pesar de las dudas y las dificultades hemos sabido poner las bases necesarias, con amor y autoridad, ésta es, sin duda alguna, una etapa para resarcirnos de las preocupaciones anteriores, para gozar de las conversaciones y la relación con ellos y degustar los ricos frutos que se recogen después de unos años inciertos. Es una etapa para recobrar plenamente la ternura, abrazar de nuevo la dicha de ser madres o padres y saborear al máximo el tiempo que nos quede de estar juntos bajo un mismo techo.

Con amor y autoridad, también en la adolescencia

Los hijos necesitan amor y autoridad. Cariño y normas, dicho en otras palabras. Lo necesitan desde que nacen y muy especialmente durante la adolescencia, aunque sus actitudes durante esta peculiar etapa de la vida nos puedan hacer pensar que no.

Aunque a veces parezca que no quieran nada con nosotros y se muestren esquivos, y aunque las normas les repaiteen y sean motivo de numerosos enfados y discusiones, ambas cosas les hacen más falta que nunca.

No podemos dejarnos guiar por las apariencias. Los adolescentes son normalmente lo contrario de lo que aparentan.

Parece que se vayan a comer el mundo y, en realidad, temen que el mundo se los coma a ellos. Tienen unas ansias inmensas de libertad y se hacen los mayores, pero en cuanto hace acto de presencia la responsabilidad que la libertad y el mundo adulto requieren, entonces miran para otro lado. Se diría que pasan de nosotros, que se bastan a sí mismos, pero nos siguen necesitando.

No les gusta que les digamos lo que tienen que hacer, aunque, si no lo hiciéramos, acabarían desorientados y sin rumbo. Es más, aunque no lo parezca, nos están pidiendo a gritos que los contengamos, que les pongamos freno. Las posibilidades son tantas que necesitan que les digamos «por aquí» o «por allá» y «esto sí y esto no», aunque ellos de entrada se rebelen o se opongan, que es al fin y al cabo lo que por edad les corresponde.

Más contradicciones. A menudo se muestran irónicos y superficiales, pero tienen la sensibilidad a flor de piel, son susceptibles en extremo y no se les escapa detalle. Tanto es así, que tienen tendencia a tomarse como un agravio o una ofensa cualquier sugerencia o comentario completamente bienintencionado por nuestra parte. En este sentido, suele dar buen resultado pedirles –amorosamente y con ternura–, que no se tomen como algo personal aquellas cosas que a veces les decimos, simplemente porque somos sus padres y tenemos unos cuantos años más de experiencia. También acostumbra a resultar tranquilizador para ellos prometerles

que cuando tengamos alguna queja se la expresaremos de un modo claro y directo.

En ciertas ocasiones podemos pensar que todo les resbala, pero lo que más desean y más les preocupa, aunque no lo manifiesten abiertamente, es encontrar su lugar en el mundo. También puede parecer que no les importemos y, sin embargo, toman importantes decisiones por amor y lealtad a nosotros, aunque a veces sea un amor ciego y mal entendido y nos resulte difícil imaginar que lo hagan realmente por amor.

El problema es que no vienen con manual de instrucciones ni con servicio de traducción simultánea; nos llegan en versión original no subtitulada y, a veces, los padres empezamos a enterarnos de qué va la cosa cuando la película está próxima al desenlace y ya no estamos a tiempo de disfrutarla.

No voy a negar que hay momentos de la adolescencia de los hijos en que se pasa mal. Se viven momentos de preocupación, de duda, de temor, de incertidumbre... No soy la única madre que en ciertas ocasiones habría enviado a su hijito adolescente a Marte o me habría ido yo. Pero, aunque parezca mentira, la adolescencia es una etapa que también tiene su magia y su encanto, y no sólo para los propios adolescentes. También para los padres. Pero, para encontrarle el gustillo, es preciso que seamos mayores que ellos en edad y en madurez, que seamos capaces de contenernos nosotros y de contenerles a ellos, y que hablemos claro, preciso y conciso.

¡Ahí es nada! ¡Con la facilidad con que perdemos los estribos y el lío que estamos hechos la mayoría! Con frecuencia, somos tan o más adolescentes los padres que los propios adolescentes. Hay que tener en cuenta que, al fin y al cabo, ellos hacen lo que les toca. Los padres a veces no.

Como madres y padres, tenemos que encontrar un punto de equilibrio entre amor y autoridad, entendiendo que amor tiene que ver con respeto, ternura, comprensión, delicadeza, consideración, confianza, esperanza, paciencia..., no con sobreprotección o permisividad absoluta, y autoridad tiene que ver con responsabilidad, integridad, contención, seguridad, madurez, discernimiento, sabiduría..., no con despotismo, sometimiento, abuso o maltrato.

La palabra autoridad tiene mala prensa por las connotaciones históricas negativas del término, y esto explica en parte que algunos padres se resistan a ella. Pero la autoridad es compatible con la prudencia, la cordura y las caricias. En último término, significa ser capaces de tomar nuestro lugar de madres y padres, y ejercer nuestras funciones con aplomo y determinación.

Conjugar el amor con la autoridad es un arte y un gran reto para los padres y madres actuales. Sin un norte claro no es posible orientar bien a los hijos y entorpecemos su madurez. Y con una dureza y una rigidez excesivas malogramos la relación y se resiente también su crecimiento. Dice Hellinger que si una madre —o un padre—, es consecuente siempre, pierde el amor. También tiene que ceder. Tiene que atentar a sus propios principios para conservar el amor. Pero si no tiene principios, también es perjudicial para los hijos.

La adolescencia supone un estira y afloja constante. La relación no puede ser demasiado tensa ni demasiado laxa. Tenemos que saber denegar ciertas cosas y transigir en otras. A menudo conviene buscar acuerdos y llegar a pactos donde exigimos algo y cedemos también algo. Y cualquier pacto puede ser bueno si nos hace estar bien, resulta efectivo y permite avanzar. También a veces tenemos que hacer como

que no vemos lo que vemos, otorgándoles un margen de confianza, que ellos saben tan bien como nosotros que tiene unos límites declarados o tácitos.

Reencontrar lo esencial e imperecedero

Palabras valientes, claras y con corazón. Éstas son las palabras que tenemos que recuperar, aprender y utilizar los padres de hoy. Valientes, porque tenemos que atrevernos a tomar nuestro lugar de padres y a ejercer sin miedo las funciones que nos corresponden. Claras, porque demasiado a menudo nos andamos por las ramas y nos perdemos con discursos demasiado largos e imprecisos. Y, con corazón, porque tiene que haber un fondo auténtico de amor y ternura en ellas, incluso cuando estamos irritados.

Este libro pretende aportar una serie de frases claras y breves, orientadas hacia la solución de determinados problemas. Es una recopilación de mensajes cortos y sencillos que pretenden aclarar ciertas cosas, colocarnos a cada uno en nuestro lugar y tranquilizarnos a todos, en contrapartida a los mensajes que nos confunden, nos debilitan e instauran el caos, mensajes estos últimos a los que somos bastante dados los padres y madres de hoy.

Uno de los grandes retos que tenemos planteados los padres de hoy es reencontrar la sabiduría que, como decía T. S. Eliot, hemos perdido con el conocimiento. Tenemos que comenzar a apartar la hojarasca y a separar el grano de la paja, para que emerja de nuevo lo esencial e imperecedero, lo que nuestros padres y abuelos ya sabían y nosotros hemos perdido de vista con tanto saber.

Aunque yo haya estudiado mucho y ellos poco, he tenido que recuperar a mis queridos padres y abuelos, y reencon-

trar la esencia de lo que ellos me enseñaron, para aprender lo más importante y trascendente del oficio de madre y para que todos los conocimientos acumulados a lo largo de mi trayectoria cobren verdadero sentido y me resulten realmente útiles.

Las raíces familiares y culturales son la quilla de nuestros veleros, el armazón sobre el que debe aposentarse todo lo demás. Los sentimientos son el viento que los mueve, y los valores el faro que los guía, pero una de las claves que nos llevará a buen puerto estoy cada vez más convencida que son las palabras que escojamos para comunicarnos con nuestros hijos y la tonalidad emocional que las acompañe. Lógicamente, me refiero a palabras coherentes con nuestros actos, valores y sentimientos, que sean su expresión clara y precisa.

A mi modo de ver, nuestro éxito como padres y madres depende en buena medida de la sencillez, la claridad y la gratitud con que seamos capaces de traspasar a nuestros hijos el legado que hemos recibido de nuestros padres y antepasados, así como del amor y la confianza que depositemos en ellos para conducir dicho legado hacia el futuro y entregarlo a las siguientes generaciones, después de haber realizado su propia contribución.

Vivencias propias y ajenas

En lo que voy a relatar a continuación hay fragmentos extraídos de mi propia experiencia como madre, pero también historias, anécdotas y vivencias que me han contado o que he podido observar en personas cercanas. A menudo he mezclado elementos de unas y otras y he cambiado cier-

tos detalles para que lo estrictamente íntimo permanezca en la intimidad y para que lo relevante no sean tanto los hechos en sí, sino lo que palpita en ellos, así como las reflexiones y conclusiones a que dan lugar.

Como madre de dos hijos varones, en algún momento he echado en falta cierta perspectiva de género que probablemente tendría de haber tenido hijas. Cuando hablo con otros padres de adolescentes, a menudo sale aquello de: «las chicas son diferentes» o «los chicos son diferentes», y en ciertas cuestiones así es. Pero entre mis objetivos al escribir este libro no estaba señalar y analizar las diferencias de género, por lo que he optado por circunscribirme a mi experiencia real como madre y, en lugar de inventarme una hija ficticia, he preferido compensarlo, en la medida de lo posible, contando algunas historias de amigas o conocidas que tienen hijas.

Quiero destacar muy especialmente que nada de lo que he aprendido a lo largo de la adolescencia de mi hijo mayor podría haberlo aprendido sin un montón de magníficos libros, la mayoría de los cuales cito al final, en la bibliografía; sin un puñado de buenos consejos que he recibido de personas muy diversas; sin el lujo de excelentes maestros/as que he tenido la suerte de tener desde pequeña hasta ahora; sin el apoyo y la total implicación del padre de mis hijos; sin la disposición y el instinto que he tenido siempre de aprender y, sobre todo, sin el amor, el ejemplo y la huella profunda que me han dejado mi padre, mi madre y mis abuelos con su propia estela.